

PREMIO 2011
DE ALFABETIZACIÓN
UNESCO



¡Cuando
las voces se
encuentran!

Hablando
se entiende
la gente



PRESENTACIÓN

Bienvenidos a escuchar el CD que forma parte del módulo *Hablando se entiende la gente*.

A partir de la recreación de la radiodifusora *KGTA* vivirás situaciones y experimentarás momentos donde la lengua oral propicia y mejora la comunicación con las personas que te rodean.

En su programación encontrarás canciones, entrevistas, música para reflexionar y escribir, una historia con episodios para compartir con la familia, anécdotas y situaciones de la vida, y otras sorpresas.

¡Déjate llevar por los locutores y disfruta escuchando, reflexionando y hablando!

Comparte con tus familiares y amigos el contenido de este CD y, si se animan, pueden crear sus propios programas. En colaboración con otras personas date la oportunidad de disfrutar del privilegio humano y su capacidad de comunicación.

Bienvenida

Margarita –*Radio KGTA* Máxima audiencia en medios. Somos una compañía radiodifusora líder en todo México y durante más de 25 años informamos a nuestro gran auditorio a través de nuestras repetidoras y en frecuencia modulada en toda la República.

Radio KGTA les da la más cordial bienvenida y los invita a compartir la programación que hemos preparado especialmente para todos ustedes. Iniciaremos, como todos los días, con nuestro programa consentido: “Lo mismo, pero de madrugada”.



El corrido de Durango

**Miguel Ángel
Gallardo Martínez**



Yo soy de la tierra de los alacranes,
yo soy de Durango palabra de honor,
en donde los hombres son
hombres formales,
y son sus mujeres puro corazón.

Nací en Tierra Blanca cerquitas de Analco,
aprendí de niño recuerdo a cantar,
cerro Los Remedios., cerro del Mercado
sólo estando muerto los podré olvidar.

Durango, Durango, mi tierra querida,
callada y tranquila, ciudad colonial,
yo por defenderte daría hasta mi vida
y por donde vaya te he de recordar.

Aquí en esta tierra sagrada y bendita,
nació Pancho Villa caudillo inmortal,
que con sus Dorados cantando Adelita
por todas las calles lo vieron pasar.

Paseo Las Moreras y Las Alamedas,
donde con mi prieta iba a platicar,
no puedo olvidarla como nunca olvido
la Guadalupana en su Tepeyac.

Durango, Durango, mi tierra querida,
callada y tranquila, ciudad colonial,
yo por defenderte daría hasta mi vida
y por donde vaya te he de recordar.



El corrido de Emiliano Zapata

Anónimo



En Cuautla, Morelos, hubo
un hombre muy singular,
justo es ya que se los diga:
hablándoles, pues, en plata,
era Emiliano Zapata
muy querido por allá.

Todo es un mismo partido,
ya no hay con quién pelear;
compañeros, ya no hay guerra,
vámonos a trabajar.

Ya se dieron garantías
a todo el género humano,
lo mismo que al propietario
como para el artesano.

¡Unión! que es la fuerza santa
de todito el mundo entero,
Paz, Justicia y Libertad
y gobierno del obrero.

Así como los soldados
han servido pa' la guerra,
que den fruto a la nación
y que trabajen la tierra.

¡Quién no se siente dichoso
cuando comienza a llover!
Es señal muy evidente
que tendremos qué comer.

Si los campos reverdecen
con la ayuda del tractor,
es el premio del trabajo
que nos da nuestro sudor.

El oro no vale nada
si no hay alimentación:
es la cuerda del reloj
de nuestra generación.

Quisiera ser hombre sabio
de muchas sabidurías;
pero más quiero tener
que comer todos los días.

Dan la una, dan las dos,
y el rico siempre pensando
cómo le hará a su dinero
para que vaya doblando.

Dan las siete de la noche
y el pobre está recostado,
duerme un sueño muy tranquilo
porque se encuentra cansado.

¡Dichoso el árbol que da
frutos, pero muy maduros:
Sí señores, vale más
que todos los pesos duros!

No quiere ya relumbrones
ni palabras sin sentido,
quiere sólo garantías
para su hogar tan querido.

Es el mejor bienestar
que el mexicano desea:
que lo dejen trabajar,
para que feliz se vea.

Historia de Abdula, el mendigo ciego

Anónimo

El mendigo ciego que había jurado no recibir ninguna limosna que no estuviera acompañada de una bofetada, refirió al Califa su historia:

—Comendador de los Creyentes, he nacido en Bagdad. Con la herencia de mis padres y con mi trabajo, compré ochenta camellos que alquilaba a los mercaderes de las caravanas que se dirigían a las ciudades y a los confines de tu dilatado imperio.

Una tarde que volvía de Bassorah con mi recua vacía, me detuve para que pastaran los camellos; los vigilaba, sentado a la sombra de un árbol, ante una fuente, cuando llegó un derviche que iba a pie a Bassorah.

Nos saludamos, sacamos nuestras provisiones y nos pusimos a comer fraternalmente. El derviche, mirando mis numerosos camellos, me dijo que no lejos de ahí, una montaña recelaba

un tesoro tan infinito que aun después de cargar de joyas y de oro los ochenta camellos, no se notaría mengua en él.

Arrebatado de gozo me arrojé al cuello del derviche y le rogué que me indicara el sitio, ofreciendo darle en agradecimiento un camello cargado. El derviche entendió que la codicia me hacía perder el buen sentido y me contestó:

—Hermano, debes comprender que tu oferta no guarda proporción con la fineza que esperas de mí. Puedo no hablarte más del tesoro y guardar mi secreto. Pero te quiero bien y te haré una proposición más cabal. Iremos a la montaña del tesoro y cargaremos los ochenta camellos; me darás cuarenta y te quedarás con

otros cuarenta, y luego nos separaremos, tomando cada cual su camino.

Esta proposición razonable me pareció durísima, veía como un quebranto la pérdida de los cuarenta camellos y me escandalizaba que el derviche, un hombre harapiento, fuera no menos rico que yo. Sin embargo, accedí, para no arrepentirme hasta la muerte de haber perdido esa ocasión.

Reuní los camellos y nos encaminamos a un valle rodeado de montañas altísimas, en el que entramos por un desfiladero tan estrecho que sólo un camello podía pasar de frente.

El derviche hizo un haz de leña con las ramas secas que recogió

en el valle, lo encendió por medio de unos polvos aromáticos, pronunció palabras incomprensibles, y vimos, a través de la humareda, que se abría la montaña y que había un palacio en el centro. Entramos, y lo primero que se ofreció a mi vista deslumbrada fueron unos montones de oro sobre los que se arrojó mi codicia como el águila sobre la presa, y empecé a llenar las bolsas que llevaba.

El derviche hizo otro tanto, noté que prefería las piedras preciosas al oro y resolví copiar su ejemplo. Ya cargados mis ochenta camellos, el derviche, antes de cerrar la montaña, sacó de una jarra de plata una cajita de madera de sándalo que según me hizo ver, contenía una pomada, y la guardó en el seno.

Salimos, la montaña se cerró, nos repartimos los ochenta camellos y valiéndome de las palabras más expresivas le agradecí la fineza que me había hecho, nos abrazamos con sumo alborozo y cada cual tomó su camino.

No había dado cien pasos cuando el numen de la codicia me acometió. Me arrepentí de haber cedido mis cuarenta camellos y su carga preciosa, y resolví quitárselos al derviche, por buenas o por malas. El derviche no necesita esas riquezas —pensé—, conoce el lugar del tesoro; además, está hecho a la indigencia.

Hice parar mis camellos y retrocedí corriendo y gritando para que se detuviera el derviche. Lo alcancé y...

Historia de Abdula, el mendigo ciego

Anónimo

Hice parar mis camellos y retrocedí corriendo y gritando para que se detuviera el derviche. Lo alcancé.

—Hermano —le dije— he reflexionado que eres un hombre acostumbrado a vivir pacíficamente, sólo experto en la oración y en la devoción, y que no podrás nunca dirigir cuarenta camellos. Si quieres créeme, quédate solamente con treinta, aun así te verás en apuros para gobernarlos.

—Tienes razón —me respondió el derviche—. No había pensado en ello. Escoge los diez que más te acomoden, llévatelos y que Dios te guarde.

Aparté diez camellos que incorporé a los míos, pero la misma prontitud con que había cedido el derviche, encendió mi codicia. Volví de nuevo atrás y le repetí el mismo razonamiento, encariéndole la dificultad que tendría para gobernar los camellos,

y me llevé otros diez. Semejante al hidrópico que más sediento se halla cuanto más bebe, mi codicia aumentaba en proporción a la condescendencia del derviche. Logré, a fuerza de besos y de bendiciones, que me devolviera todos los camellos con su carga de oro y de pedrería. Al entregarme el último de todos, me dijo:

—Haz buen uso de estas riquezas y recuerda que Dios, que te las ha dado, puede quitártelas si no socorres a los menesterosos, a quienes la misericordia divina deja en el desamparo para que los ricos ejerciten su caridad y merezcan, así, una recompensa mayor en el Paraíso.

La codicia me había ofuscado de tal modo el entendimiento que, al darle gracias por la cesión de mis

camellos, sólo pensaba en la cajita de sándalo que el derviche había guardado con tanto esmero.

Presumiendo que la pomada debía encerrar alguna maravillosa virtud, le rogué que me la diera, diciéndole que un hombre como él, que había renunciado a todas las vanidades del mundo, no necesitaba pomadas.

En mi interior estaba resuelto a quitársela por la fuerza, pero, lejos de rehusármela, el derviche sacó la cajita del seno, y me la entregó. Cuando la tuve en las manos, la abrí. Mirando la pomada que contenía, le dije:

—Puesto que tu bondad es tan grande, te ruego que me digas cuáles son las virtudes de esta pomada.



Tengo un sueño

Martin Luther King, Jr.



Estoy orgulloso de reunirme con ustedes hoy, en la que será la mayor manifestación por la libertad en la historia de nuestro país.

Hace cien años, un gran estadounidense, cuya simbólica sombra nos cobija hoy, firmó la Proclama de la emancipación. Este trascendental decreto significó un gran rayo de luz y de esperanza para millones de esclavos

negros, chamuscados en las llamas de una marchita injusticia. Llegó como un precioso amanecer al final de una larga noche de cautiverio. Pero, cien años después, el negro aún no es libre; cien años después, la vida del negro es aún tristemente lacerada por las esposas de la segregación y las cadenas de la discriminación; cien años después, el negro vive en una isla solitaria en medio de un inmenso océano



Discurso leído en las gradas del Lincoln Memorial, durante la histórica Marcha sobre Washington.

de prosperidad material; cien años después, el negro todavía languidece en las esquinas de la sociedad estadounidense y se encuentra desterrado en su propia tierra.

Por eso, hoy hemos venido aquí a dramatizar una condición vergonzosa. En cierto sentido, hemos venido a la capital de nuestro país a cobrar un cheque. Cuando los arquitectos de nuestra República escribieron las magníficas palabras de la Constitución y de la Declaración de Independencia, firmaron un pagaré del que todo estadounidense habría de ser heredero. Este documento era la promesa de que a todos los hombres les serían garantizados los inalienables derechos a la vida, a la libertad y la búsqueda de la felicidad.

Hoy en día, es obvio que Estados Unidos ha incumplido ese pagaré en lo que concierne a sus ciudadanos negros. En lugar de honrar esta sagrada obligación, Estados Unidos ha dado a los negros un cheque sin fondos; un cheque que ha sido devuelto con sello de “fondos insuficientes”. Pero rehusamos creer que el Banco de la Justicia haya quebrado. Rehusamos creer que no haya suficientes fondos en las grandes bóvedas de la oportunidad de este país. Por eso hemos venido a cobrar este cheque; el cheque que nos colmará de las riquezas de la libertad y de la seguridad de justicia.

También hemos venido a este lugar sagrado para recordarle a los Estados Unidos de América la urgencia impetuosa del ahora.

Este no es el momento de tener el lujo de enfriarse o de tomar tranquilizantes de gradualismo. Ahora es el momento de hacer realidad las promesas de democracia. Ahora es el momento de salir del oscuro y desolado valle de la segregación hacia el camino soleado de la justicia racial. Ahora es el momento de hacer de la justicia una realidad para todos los hijos de Dios. Ahora es el momento de sacar a nuestro país de las arenas movedizas de la injusticia racial hacia la roca sólida de la hermandad.

[...]

Hoy les digo a ustedes, amigos míos, que a pesar de las dificultades del momento, yo aún tengo un sueño. Es un sueño profundamente arraigado en el sueño “americano”.

Sueño que un día esta nación se levantará y vivirá el verdadero significado de su credo: “Afirmamos que estas verdades son evidentes: que todos los hombres son creados iguales”.

Sueño que un día, en las rojas colinas de Georgia, los hijos de los antiguos esclavos y los hijos de los antiguos dueños de esclavos, se puedan sentar juntos a la mesa de la hermandad.

Sueño que un día, el estado de Missisipi, un estado que se sofoca con el calor de la injusticia y de la opresión, se convertirá en un oasis de libertad y justicia.

Sueño que mis cuatro hijos vivirán un día en un país en el cual no serán juzgados por el color de

su piel, sino por los rasgos de su personalidad.

¡Hoy tengo un sueño!

Sueño que un día, el estado de Alabama cuyo gobernador escupe frases de interposición entre las razas y anulación de los negros, se convierta en un sitio donde niñas y niños negros puedan unir sus manos con las de niñas y niños blancos y caminar unidos, como hermanos y hermanas.

¡Hoy tengo un sueño!

Sueño que algún día los valles serán cumbres, y las colinas y

montañas serán llanos, los sitios más escarpados serán nivelados y los torcidos serán enderezados, y la gloria de Dios será revelada, y se unirá todo el género humano.

Cuando repique la libertad y la dejemos repicar en cada aldea y en cada caserío, en cada estado y en cada ciudad, podremos acelerar la llegada del día cuando todos los hijos de Dios, negros y blancos, judíos y cristianos, protestantes y católicos, puedan unir sus manos y cantar las palabras del viejo espiritual negro: “¡Libres al fin! ¡Libres al fin! Gracias a Dios omnipotente, ¡somos libres al fin!”.



Historia de Abdula, el mendigo ciego

Anónimo

—Son prodigiosas —me contes-
tó—. Frotando con ella el ojo iz-
quierdo y cerrando el derecho,
se ven distintamente todos los
tesoros ocultos en las entrañas
de la tierra. Frotando el ojo de-
recho, se pierde la vista de los
dos.

Maravillado, le rogué que me
frotase con la pomada el ojo iz-
quierdo.

El derviche accedió. Apenas me
hubo frotado el ojo, aparecieron
a mi vista tantos y tan diversos
tesoros, que volvió a encenderse
mi codicia. No me cansaba de
contemplar tan infinitas rique-
zas, pero como me era preciso
tener cerrado y cubierto con la
mano el ojo derecho, y esto me
fatigaba, rogué al derviche que
me frotase con la pomada el ojo
derecho, para ver más tesoros.

—Ya te dije —me contestó— que si aplicas la pomada al ojo derecho, perderás la vista.

—Hermano —le repliqué sonriendo— es imposible que esta pomada tenga dos cualidades tan contrarias y dos virtudes tan diversas.

Largo rato porfiamos; finalmente, el derviche, tomando a Dios por testigo de que me decía la verdad, cedió a mis instancias. Yo cerré el ojo izquierdo, el derviche me frotó con la pomada el ojo derecho. Cuando los abrí, estaba ciego.

Aunque tarde, conocí que el miserable deseo de riquezas me había perdido y maldije mi desmesurada codicia. Me arrojé a los pies del derviche.

—Hermano —le dije—, tú que siempre me has complacido y que eres tan sabio, devuélveme la vista.

—Desventurado —me respondió—, ¿no te previne de antemano y no hice todos los esfuerzos para preservarte de esta desdicha? Conozco, sí, muchos secretos, como has podido comprobar en el tiempo que hemos estado juntos, pero no conozco el secreto capaz de devolverte la luz. Dios te había colmado de riquezas que eras indigno de poseer, te las ha quitado para castigar tu codicia.

Reunió mis ochenta camellos y prosiguió con ellos su camino, dejándome solo y desamparado, sin atender a mis lágrimas y a mis súplicas. Desesperado, no sé cuántos días erré por esas montañas; unos peregrinos me recogieron.

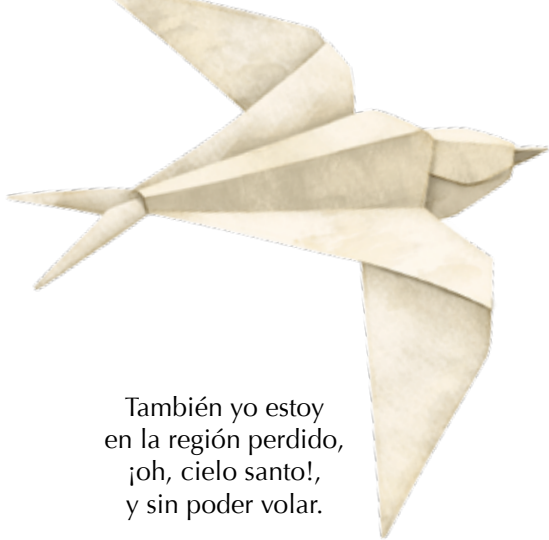
La golondrina

Narciso Serradell Sevilla

¿Adónde irá veloz y fatigada
la golondrina que de aquí se va?
No tiene cielo, se halla extraviada
buscando abrigo y no lo encontrará.

Junto a mi pecho,
le pondré yo su nido
en donde pueda
la estación pasar.





También yo estoy
en la región perdido,
¡oh, cielo santo!,
y sin poder volar.

¿Adónde irá veloz y fatigada
la golondrina que de aquí se va?
¡Oh, si en el viento, se hallará extraviada!
buscando abrigo y no lo encontrará.

Junto a mi pecho hallará su nido
en donde pueda la estación pasar
también yo estoy en la región perdida,
¡oh, cielo santo!, y sin poder volar.

Paso del norte

Juan Rulfo (en *El llano en llamas*)

- Me voy lejos, padre; por eso vengo a darle el aviso.
- ¿Y pa ónde te vas, si se puede saber?
- Me voy pal Norte.

–¿Y allá pos pa qué? ¿No tienes aquí tu negocio? ¿No estás metido en la merca de puercos?

–Estaba. Ora ya no. No deja. La semana pasada no conseguimos pa comer y en la antepasada comimos puros quelites. Hay hambre, padre; usté ni se las huele por que vive bien.

–¿Qué estás ahí diciendo?



–Pos que hay hambre. Usté no lo siente. Usté vende sus cuetes y sus saltapericos y la pólvora y con eso la va pasando. Mientras haiga funciones, le lloverá el dinero; pero uno no, padre. Ya nai-de cría puercos en este tiempo. Y si los cría pos se los come. Y si los vende, los vende caros. Y no hay dinero pa mercarlos. Se acabó el negocio, padre.

–Y ¿qué diablos vas a hacer al Norte?

–Pos a ganar dinero. Ya ve usté, el Carmelo volvió rico, trajo hasta un gramófono y cobra la música a cinco centavos. De a parejo, desde un danzón hasta la Anderson esa que canta canciones tristes; de a todo, por igual, y gana su buen dinerito y hasta hacen cola pa oír. Así que ya ve; no hay más que ir y volver. Por eso me voy.

–¿Y ónde vas a guardar a tu mujer con los muchachos?

–Pos por eso vengo a darle aviso, pa que usté se encargue de ellos.

–¿Y quién crees que soy yo, tu pil mama? Si te vas, pos ahí que Dios se ajuarié con ellos. Yo ya no estoy para criar muchachos; con haberte criado a ti y a tu hermana, que en paz descanse, con eso tuve de sobra. De hoy en adelante no quiero tener compromisos. Y como dice el dicho: “Si la campana no repica es porque no tiene badajo”.

–No hallo qué decirle, padre, hasta lo desconozco. ¿Qué me gané con que usté me criara?, puros trabajos. Nomás me trajo al mundo al averíguatelas como puedas. Ni siquiera me enseñó el oficio de cuetero, como pa que no le fuera hacer la competencia. Me puso unos calzones

y una camisa y me echó a los caminos pa que aprendiera a vivir por mi cuenta y ya casi me echaba de su casa con una mano adelante o otra atrás. Mire usted, éste es el resultado: nos estamos muriendo de hambre. La nuera y los nietos y este hijo suyo, como quien dice toda su descendencia, estamos ya por parar las patas y caernos bien muertos. Y el coraje que da es que es de hambre. ¿Usted cree que eso es legal y justo?

—Y a mí qué diablos me va o me viene. ¿Pa qué te casate? Te fuiste de la casa y ni siquiera me pediste permiso.

—Eso lo hice porque a usted nunca le pareció buena la Tránsito. Me la malorió siempre que la truje y, recuérdese, ni siquiera voltio a verla la primera vez que vino, cuando le dije: “Mire, papá, ésta

es la muchachita con la que me voy a coyuntar”. Usted se soltó hablando en verso y que dizque la conocía de íntimo, como si ella fuera una mujer de la calle. Y dijo una bola de cosas que ni yo se las entendí. Por eso ni se la volví a traer. Así que por eso no me debe usted guardar rencor. Ora sólo quiero que me la cuide, porque me voy en serio. Aquí no hay ya qué hacer, ni de qué modo buscarle.

—Ésos son rumores. Trabajando se come y comiendo se vive. Apréndete mi sabiduría. Yo estoy viejo y ni me quejo. De muchacho ya ni se diga; tenía hasta pa conseguir mujeres de a rato. El trabajo da pa todo contimás pa las urgencias del cuerpo. Lo que pasa es que eres tonto. Y no me digas que eso yo te lo enseñé.

–Pero usted me nació. Y usted tenía que haberme encaminado, no nomás soltarme como caballo entre las milpas.

–Ya estabas bien largo cuando te fuiste. ¿O a poco querías que te mantuviera pa siempre? Sólo las lagartijas buscan la misma covacha hasta cuando mueren. Di que te fue bien y que conseguiste mujer y tuviste hijos; otros ni siquiera eso han tenido en su vida; han pasado como las aguas de los ríos, sin comerse ni beberse.

–Ni siquiera me enseñó usted a hacer versos, ya que usted los sabía hacer. Aunque sea con eso hubiera ganado algo divirtiéndolo a la gente como usted lo hace. Y el día que se lo pedí me dijo: “Anda a merca güevos, eso deja más”. Y en un principio me volví güevero y aluego gallinero y después merqué puercos y, hasta

eso, no me iba mal, si se puede decir. Pero el dinero se acaba; vienen los hijos se los sorben como agua y no queda nada después pal negocio, y naide quiere fiar. Ya le digo, la semana pasada comimos quelites, y ésta, pos ni eso. Por eso me voy. “Y me voy entristecido, padre, aunque usted no lo quiera creer, porque yo quiero a mis muchachos, no como usted que nomás los crió y los corrió”.

–Apréndete esto hijo: en el nidal nuevo, hay que dejar un güevo. Cuando te aletíe la vejez aprenderás a vivir, sabrás que los hijos se te van, que no te agradecen nada; que se comen hasta tu recuerdo.

–Eso es puro verso.

–Lo será pero es la verdad.

–Yo de usted no me he olvidado, como usted ve.

–Me vienes a buscar en la necesidad. Si estuvieras tranquilo te olvidarías de mí. Desde que tu madre murió me sentí solo; cuando murió tu hermana, más solo; cuando te fuiste tú vi que estaba ya solo pa siempre. Ora vienes y me quieres remover el sentimiento; pero no sabes que es más dificultoso resucitar un muerto que dar la vida de nuevo. Aprende algo. Andar por los caminos enseña. Restriégate con tu propio estropajo, eso es lo que has de hacer.

–¿Entonces no me los cuidará?

–Ahí déjalos, nadie se muere de hambre.

–Dígame si me guarda el encargo, no quiero irme sin estar seguro.

–¿Cuántos son?

–Pos nomás tres niños y dos niñas y la nuera que está rejoyen.

–Rejodida, dirás.

–Yo fui su primer marido. Era nueva. Es buena. Quiérala padre.

–¿Y cuándo volverás?

–Pronto, padre. Nomás arrejunto el dinero y me regreso. Le pagaré al doble lo que usted haga por ellos. Déles de comer, es todo lo que le encomiendo. [...]



Himno Nacional Mexicano

Francisco González Bocanegra



Mexicanos, al grito de guerra,
el acero aprestad y el bridón,
y retiemble en sus centros la tierra
al sonoro rugir del cañón.
y retiemble en sus centros la tierra
al sonoro rugir del cañón.

Ciña ¡Oh Patria! tus sienes de oliva
de la paz el arcángel divino,
que en el cielo tu eterno destino,
por el dedo de Dios se escribió.
Mas si osare un extraño enemigo,
profanar con su planta tu suelo,
piensa ¡Oh Patria querida! que el cielo
un soldado en cada hijo te dio.
un soldado en cada hijo te dio.

Mexicanos, al grito de guerra,
el acero aprestad y el bridón,
y retiemble en sus centros la tierra
al sonoro rugir del cañón.
y retiemble en sus centros la tierra
al sonoro rugir del cañón.



Créditos

Coordinación académica

Maricela Patricia Rocha Jaime

Autoría

Marissa Ramírez Apóz

Elsa Daniela Pérez Mendía

Adriana Ramírez Apóz

Bertha Magdalena Pérez Sotelo

Revisión técnica

María de Lourdes Aravedo Reséndiz

Mabel Encinas Sánchez

Gonzalo Hernández Mendiola

María del Carmen Atlaco Macedo

Coordinación gráfica y cuidado de la edición

Greta Sánchez Muñoz

Adriana Barraza Hernández

Seguimiento al diseño

Jorge Nava Rodríguez

Ricardo Figueroa Cisneros

Seguimiento editorial

María del Carmen Cano Aguilar

Diseño y diagramación

Ricardo Figueroa Cisneros

Ilustración

Ernesto Arce Ortega

Erick López Retana

Ricardo Figueroa Cisneros

Locución, producción y edición del disco compacto

Escuchar CD

Los derechos sobre el Himno Nacional Mexicano se encuentran reservados al Gobierno Federal de los Estados Unidos Mexicanos como titular de los derechos morales y patrimoniales.

Esta obra es propiedad intelectual de sus autores y los derechos de publicación han sido legalmente transferidos al INEA. Prohibida su reproducción parcial o total, por cualquier medio, sin la autorización por escrito de su legítimo titular de derechos.

Hablando se entiende la gente. Cuadernillo del CD ¡Cuando las voces se encuentran! D. R. 2013 ©Instituto Nacional para la Educación de los Adultos, INEA. Francisco Márquez 160, Col. Condesa, México, D.F., C.P. 06140.

ISBN *Modelo Educación para la Vida y el Trabajo*. Obra completa: 970-23-0274-9

ISBN *Hablando se entiende la gente*. Cuadernillo del CD ¡Cuando las voces se encuentran!: En trámite

1. **Presentación**
2. **Bienvenida**
3. **Conversando con nuestra salud**
4. **Ahora, las complacencias**
5. **Noti-KGTA, donde el pasado está presente**
6. **El libro de la semana (Parte 1)**
7. **Apoyo a la comunidad**
8. **Ha llegado la hora de la diversión**
9. **El libro de la semana (Parte 2)**
10. **Para disfrutar y dejar huella**
11. **Música para niños y niñas**
12. **Sucesos inolvidables**
13. **El libro de la semana (Gran final)**
14. **Música para soñar, imaginar y escribir**
15. **¡Ponte listo!**
16. **Y la palabra se hizo juego**
17. **Dramatización**
18. **Cápsulas informativas**
19. **Y para cerrar**



El presente CD forma parte del módulo *Hablando se entiende la gente*.

Con la recreación de la radiodifusora KGTA, revivirás situaciones y experimentarás momentos donde la lengua oral propicia y mejora la comunicación con las personas con las que convives.

Encontrarás canciones, entrevistas, música para reflexionar y escribir, una historia en episodios, anécdotas y situaciones de la vida.

***¡Disfruta escuchando,
reflexionando, compartiendo
y hablando!***



DISTRIBUCIÓN GRATUITA

Este programa es público, ajeno a cualquier partido político.
Queda prohibido su uso para fines distintos a los establecidos en el programa.